

La política armada.

La lógica de las prácticas políticas de las FAR y el problema de la relación con las masas durante los primeros años de la organización¹

Mora González Canosa

(IdIHCS / UNLP- CONICET. Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata)

gonzalezcanosa@yahoo.com.ar

Introducción

El 30 de julio de 1970 las “Fuerzas Armadas Revolucionarias” (FAR) tomaron la localidad bonaerense de Garín, controlando el pueblo durante casi una hora. Mediante ese hecho de características ciertamente espectaculares, se presentaba en la escena pública una organización armada hasta entonces desconocida. Sin embargo, para comprender la impronta distintiva de las FAR, es necesario remontarse una década atrás.

Los grupos que fundaron la organización habían roto con diversos partidos de izquierda a comienzos de los sesenta (el Partido Comunista y el MIR-Praxis liderado por Silvio Frondizi) y, entre 1966 y 1969, participaron de distintas experiencias guevaristas. Primero viajaron a Cuba buscando sumarse a la campaña del ‘Che’ en Bolivia y, tras su muerte, formaron parte de la continuación de aquella empresa bajo el mando de ‘Inti’ Peredo Leigh, uno de los combatientes bolivianos de Guevara. Luego de la desarticulación de aquel proyecto, esos grupos se fusionaron, sumaron nuevos contingentes militantes y en 1970 se presentaron públicamente en Garín bajo la sigla FAR. Al año siguiente la organización asumió al peronismo como identidad política propia mediante un reportaje que sería ampliamente difundido: “Los de Garín”. El reportaje supo articular una serie de consideraciones de orden teórico, ideológico y político que se convirtieron en una referencia importante para los activistas interesados en la conjunción entre la izquierda marxista y el peronismo (FAR,

¹ Una versión preliminar de este texto fue discutida en la Mesa “Politización, radicalización y modernización cultural en el pasado reciente argentino (1955-1976)”, XI Jornadas de Sociología de la UBA. FSC/UBA, CABA, 13 al 17 de julio de 2015. Agradezco los comentarios realizados por la Dra. Inés Nercesián y el resto de los participantes de la Mesa.

1971b). Y que, además, dieron lugar a una intensa polémica con el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), originando uno de los debates más conocidos en el campo de las organizaciones armadas. Finalmente, en 1973 las FAR terminaron fusionándose con Montoneros. Entre sus dirigentes más conocidos estuvieron Carlos Olmedo, máximo líder de la organización hasta su muerte a fines de 1971, Roberto Quieto y Marcos Osatinsky.

Hemos sostenido que este itinerario de gestación y desarrollo de las FAR expresa un *cauce de radicalización política* distinto del que dio lugar al resto de las organizaciones armadas peronistas: las profundas reconfiguraciones operadas en la cultura política de la izquierda argentina (González Canosa, 2013a). Desde esas claves analíticas, puede afirmarse que la constitución de la organización implicó que sus fundadores transitaran un *proceso de doble ruptura*. Tanto respecto de las formas de hacer política de los partidos de izquierda donde habían iniciado su militancia, que privilegiaban los métodos legales de lucha y donde la violencia figuraba como recurso de última instancia ejercido en forma masiva luego de una gran insurrección popular; como de sus tradiciones político-ideológicas, deudoras del pensamiento liberal y sumamente críticas del peronismo. La primera de esas rupturas derivó en la constitución de las FAR como organización político-militar de actuación nacional y urbana en 1970. Y la segunda, ya en 1971, en su identificación con el peronismo.

Ahora bien, dado que en la historia las rupturas son siempre relativas, en el itinerario de formación y desarrollo de las FAR pueden detectarse *cambios* pero también *continuidades*. De hecho, el *proceso de doble ruptura* señalado se fue gestando de modo progresivo, al tiempo que los nuevos planteos conservaron ciertas *huellas de origen* que le imprimieron a las concepciones y el estilo de accionar de las FAR su perfil particular. Tales huellas, especialmente perceptibles durante los primeros años de la organización, fueron básicamente dos. Por un lado, su forma de interpretación del fenómeno peronista, basada en el marxismo como método de análisis de la realidad nacional y en el socialismo como objetivo político final². Y, por el otro, la huella que constituirá el tema central de este artículo: la persistencia del legado guevarista como forma de pensar sus vínculos con sectores más amplios del movimiento de protesta social, es decir, las enormes potencialidades otorgadas a la acción armada como forma de generar conciencia entre las masas.

Considerando este marco problemático, el objetivo del presente artículo es reconstruir y analizar la lógica de las prácticas políticas de las FAR durante sus dos primeros años de existencia, prestando especial atención al modo en que la organización concibió su relación

² Hemos profundizado sobre esta cuestión en un artículo titulado “Políticas de construcción del peronismo. El discurso de las FAR en los albores de la década del setenta en Argentina” (González Canosa, 2015).

con sectores más amplios de la sociedad. De este modo, el trabajo se sitúa en una coyuntura política precisa y acotada, los años 1970-1971, cuando el país estaba gobernado por la dictadura de la ‘Revolución Argentina’, más precisamente por los generales Roberto Levingston y Alejandro Agustín Lanusse. Para realizar el análisis nos basaremos en documentación pública y de circulación interna de la organización, diarios y revistas político-partidarias de alcance nacional y entrevistas orales a ex militantes de las FAR.

1- La huella guevarista: reelaboraciones y persistencias de un legado

Tras los pasos del ‘Che’

Es sabido que la Revolución Cubana cambió el panorama de la izquierda latinoamericana, erosionando la hegemonía detentada hasta entonces por los partidos comunistas alineados con la Unión Soviética. Sobre todo, al poner en cuestión el tema de las ‘etapas’ de la revolución, sosteniendo que implicaría un proceso de liberación simultáneamente nacional y social; y también el de sus ‘vías’, reinstalando el tema de la lucha armada. En ese marco, y al calor de las incursiones revolucionarias de Ernesto Guevara en África y Bolivia, cobró auge la llamada ‘teoría del foco’, basada en la perspectiva guevarista y popularizada por textos de gran divulgación que contaron con el apoyo cubano como *Revolución en la Revolución* (1967) de Régis Debray. No es nuestra intención internarnos en las polémicas desatadas ni en los matices que pudiera haber entre las perspectivas de Guevara y Debray, sino tan sólo recordar un conjunto de tópicos usualmente asociados con la concepción del ‘foco insurreccional’³. En principio, la idea de que en la mayor parte de América Latina estaban dadas las condiciones objetivas para la revolución, mientras que las condiciones subjetivas terminarían de consolidarse al calor de la lucha, cuya modalidad privilegiada sería la acción armada. En segundo lugar, la consideración del campo como escenario privilegiado de la lucha armada, pues sólo allí existían las condiciones para que el foco guerrillero pudiera convertirse progresivamente en un ejército popular capaz de vencer al ejército regular. Por ello, si bien Guevara señalaba la importancia de la lucha en las ciudades, sostenía que debía subordinarse al mando de la guerrilla rural, que constituiría la dirección político-militar del proceso revolucionario aún en los países predominantemente urbanos. A su vez, Guevara no dejaba de destacar en sus escritos que la premisa básica de la guerra de guerrillas era contar con el apoyo de la población. Aún así, es necesario subrayar el papel clave que otorgaba al pequeño núcleo de hombres que iniciaba la guerrilla -aquel “pequeño motor” que pondría en marcha el “gran motor” de las masas-, y el ejemplo de la acción

³Un tratamiento más extenso de los puntos que siguen puede verse en González Canosa, 2013b.

armada como forma no exclusiva pero sin dudas central de conquistar el apoyo de la población. Por último, a esas premisas debe sumarse que la guerra de guerrillas sería tanto una lucha prolongada como de escala continental, puesto que el intervencionismo norteamericano tampoco reconocía fronteras nacionales.

Más allá de la amplia influencia que tuvo la Revolución Cubana en Argentina y de la reivindicación de la figura de Guevara que hicieron grupos armados y no armados tanto de la izquierda como del peronismo, pocos de ellos tuvieron un vínculo tan directo con sus últimos proyectos como aquellos que fundaron las FAR. Como hemos reconstruido (González Canosa, 2013b), esos grupos fueron básicamente tres: dos de ellos gestados a partir de escisiones del PC, donde se destacaban Carlos Olmedo, Roberto Quieto, Marcos Osatinsky y Alejo Levenson, y otro conformado tras sucesivos desprendimientos del MIR-Praxis e integrado por activistas como Arturo y Jorge Lewinger. Entre 1966 y 1967 estos grupos viajaron a Cuba y se entrenaron militarmente buscando integrarse al ‘Ejército de Liberación Nacional’ (ELN) que Guevara lanzó en Bolivia como parte de su estrategia continental. Si bien la muerte del ‘Che’, en octubre de 1967, los sorprendió sin haber puesto sus planes en marcha, la participación de estos grupos en un proyecto de inspiración guevarista no culminó allí. Junto con otros grupos políticos que también se habían entrenado en la isla, entre 1968 y 1969 formaron parte de la sección argentina del ELN, que tras la muerte de Guevara fue relanzado por Inti Peredo. En el marco de esa estructura, con base en Bolivia pero con intenciones de proyección continental, estos grupos realizaron entrenamiento, tareas logísticas para la instalación de un futuro foco guerrillero en Tucumán y varias acciones armadas urbanas, la más importante de las cuales fue el incendio de 13 supermercados Minimax en junio de 1969. Tras la muerte de Inti Peredo ese mismo año, la sección argentina del ELN se desarticuló y, abandonando de hecho la perspectiva continental, los tres grupos que mencionamos se fusionaron fundando las FAR.

En vistas de este itinerario, puede observarse que la constitución de las FAR como organización político-militar de actuación urbana y alcance nacional no sólo implicó que sus grupos fundadores rompieran con las formas de hacer política de los partidos de izquierda donde habían iniciado su militancia. También debieron realizar un replanteo de algunos aspectos de la estrategia guevarista a la que habían adherido poco tiempo atrás. A continuación analizaremos el balance que las FAR hicieron de su experiencia guevarista, destacando tanto las reelaboraciones como las persistencias de aquel legado.

Reelaboraciones y persistencias de un legado

Tanto en el balance de la experiencia guevarista realizada en sus primeros documentos (Olmedo, 1970, FAR, 1971a y b) como en entrevistas a ex militantes, se reiteran varios elementos que explicarían el pasaje de los grupos fundadores de las FAR desde una estrategia guevarista, de carácter continental y fuerte énfasis en la guerrilla rural, hacia otra de orden nacional basada en la lucha urbana. En términos generales, se trata de la renovada importancia otorgada a la clase obrera en Argentina, cuya combatividad, luego de un período de reflujo, se había evidenciado durante el Cordobazo de 1969. Ello habría producido una suerte de efecto ‘nacionalizador’ sobre la estrategia anterior y los habría llevado a privilegiar la lucha en las ciudades, junto con la creciente influencia ejercida por los Tupamaros. Similar efecto ‘nacionalizador’ habría conllevado la revalorización de la experiencia peronista, que culminó en la identificación con dicho movimiento en 1971.

Más concretamente, respecto de la ‘nacionalización’ de su estrategia, las FAR sostenían en su primer documento público, titulado justamente “Con el fusil del Che”, que no dudaban de la necesidad de continentalizar la lucha, pero que a su juicio ese proceso sólo podía darse a posteriori. Es decir, a partir de la coordinación de movimientos nacionales iniciados de modo independiente y en sintonía con las particularidades de cada país (FAR, 1971a). A su vez, desde su actual sensibilidad frente a la ‘cuestión nacional’ y tras identificarse con el peronismo, miraban retrospectivamente su historia guevarista sosteniendo que por entonces habían actuado como una “pequeña patrulla extraviada en el espacio de la lucha de clases” (FAR, 1971b: 56).

Como señalamos, la otra cuestión que no consideraban vigente de la teoría del foco insurreccional era su asimilación con la columna guerrillera rural. Según sostenían, lo central para que ese foco pudiera actuar como la “chispa que enciende la pradera” era “tener claro el explosivo a detonar” en cada sociedad nacional (Olmedo, 1970). Es decir, en la Argentina, la clase obrera. En ese sentido, para las FAR el aporte más importante a la concepción del foco lo había hecho la guerrilla urbana de los Tupamaros (FAR, 1971b: 58).

Así recuerda hoy Jorge Lewinger las discusiones sobre estos temas con Carlos Olmedo, cuando en 1970 se fusionaron los grupos fundadores de las FAR que ambos integraban:

“-P: Y en relación con esto que me decías de lo urbano ¿qué charlaban?”

R: Él es el que más aportaba la idea de que la Revolución Cubana se hizo donde estaba el grueso de la clase social fundamental, que era el campesinado, y que no se podía trasladar eso a la Argentina donde básicamente había clase obrera. (...) El planteo entonces es que las características sociales de la Argentina hacen que haya que impulsar la idea del foco como cosa urbana. Y ahí, además, aparece también mucho el contacto con los Tupas, que son los que

más desarrollaron la idea de la cosa urbana". (Entrevista de la autora a Jorge Lewinger, militante de FAR y luego de Montoneros. Buenos Aires, 2007)

Según destacaba Olmedo en "Los de Garín", los criterios señalados eran los que habían permitido que la organización se sustrajera de la polémica entre guerrilla rural y urbana, superando la imagen de las ciudades como "meros centros de apoyo logístico" (FAR, 1971b: 57). De todos modos, eso no significaba que se rechazara la necesidad de consolidar un foco en el campo más adelante -un futuro nunca precisado-. De hecho, si en "Los de Garín" esa eventualidad no se descartaba, puede rastrearse el lugar que se le siguió otorgando en documentos del año 1972 y 1973 (FAR, 1970a y 1973; FAR y Montoneros, 1972). En todos ellos siguió considerándose que aquél era el escenario donde, en algún momento, terminaría por consolidarse el "Ejército del pueblo" en tanto fuerza regular.

Independientemente del alcance nacional o continental de la lucha y de su forma rural o urbana, las FAR explicitaban claramente aquello que sí consideraban vigente de la concepción guevarista. En principio, que no era preciso esperar que se dieran todas las condiciones necesarias para iniciar un proceso revolucionario: era posible contribuir a crearlas mediante el "ejercicio de la acción". Por ello, las FAR entendían fundamentalmente la realización de acciones político-militares que actuaran como "un foco irradiador de conciencia acerca de la posibilidad del cambio revolucionario" (1971c: 3). En ese sentido, siguiendo a los Tupamaros (1968) apuntaban que el "hecho mismo de armarse, de pertrecharse, de accionar, genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias" (1971b: 65). De allí que sostuvieran que la mejor propaganda de la lucha armada era la lucha armada misma, definiendo al combate como su "máxima expresión política" (FAR, 1971c: 4).

A su vez, entendían que la concepción del foco constituía una reinterpretación de la teoría leninista del eslabón más débil adecuada a las condiciones latinoamericanas⁴. Esto es, una situación internacional signada por la hegemonía del imperialismo norteamericano, donde ya no podría delegarse en las guerras inter-imperialistas la destrucción del ejército burgués de cualquier sociedad nacional. Con ello buscaban refutar la posibilidad de una salida insurreccional que lograra capturar el poder en el corto plazo, sosteniendo la necesidad de construir un Ejército que librara una guerra popular y prolongada. Aquel debía ser una organización político-militar de masas, conformada tanto en base a los grupos armados como mediante la incorporación del pueblo a la guerra. De ese modo, sostenían, se constituiría en la vanguardia de la clase obrera y los sectores populares alineados tras ella.

⁴Debray (1965) enfatizó especialmente este punto en "El castrismo. La gran marcha de América Latina", un artículo publicado en *Pasado y Presente* que las FAR recuperaron en sus escritos.

Además, las FAR fundamentaban por qué no se debía dissociar lo político de lo militar, es decir, los motivos por los cuales tenía que descartarse toda diferenciación entre la organización militar de masas (el ejército) y la organización política de vanguardia (el partido). Ello se debía a que en la Argentina la guerra que encaraban no estaba destinada a vencer un invasor extranjero. Esa situación sería la que en otros países -China y Vietnam- había vuelto necesario conformar un ejército donde convergieran diversas clases aliadas para derrotar al enemigo externo. Y, en consecuencia, un partido que asegurase la hegemonía de los trabajadores durante el proceso. En cambio, según las FAR, en Argentina se trataba de una lucha contra otras clases nacionales, y no había sector social que pudiera acompañar a los trabajadores por la liberación nacional y social en nombre de intereses no proletarios. A partir de allí afirmaban que el Ejército del Pueblo sería, como tal, el partido de vanguardia. (1971b: 58 y 1971c: 3 y 5). En definitiva, aquel Ejército popular simultáneamente político-militar, del cual las FAR se consideraban un embrión, sustituía como modelo organizativo al partido leninista, esto es, cumplía la función de la vanguardia. Lo cual, teniendo en cuenta la identificación de las FAR con el peronismo, merece algunas consideraciones específicas.

En primer lugar, la argumentación que sostenía esa perspectiva no dejaba de sugerir fuertes tensiones. No había en la Argentina, se afirmaba, otros sectores que pudieran acompañar a los trabajadores en su lucha en nombre de intereses no proletarios. Sin embargo, más allá del tipo de valoración que las FAR hacían del peronismo, destacando sobre todo su aporte en términos de la experiencia política de la clase obrera, aquel no dejaba de estar compuesto por distintas clases, sectores sociales y estructuras sindicales y políticas de todo tipo, como advertía la propia organización. Por eso, más allá del modelo organizativo -difícilmente pudiera plantearse abiertamente la construcción de un nuevo partido en el marco del peronismo⁵, para las FAR siempre estuvo en juego la forma de garantizar la hegemonía de los intereses de la clase obrera dentro del movimiento. En las discusiones entre las organizaciones armadas peronistas y, también, como cuestión latente que prefiguraba posibles tensiones con Perón. Todo ello en términos de la función que debía cumplir la mencionada vanguardia en el conjunto del movimiento.

En segundo lugar, respecto del papel de la vanguardia en relación con la clase obrera y el pueblo, resulta notable la importancia central que se le otorga a la acción armada como

⁵Con todo, hay que señalar que durante los sesenta esta idea no fue ajena a ciertos sectores del peronismo radicalizado. Puntualmente, Cooke llegó a plantear la necesidad de crear un partido revolucionario en el marco del movimiento peronista, al margen del Partido Justicialista. Lo hizo tras el fallido “operativo retorno” de Perón en 1964 (Cooke, 1988).

forma de generar conciencia entre las masas. Es decir, la idea de construir una vanguardia que “irradiara conciencia” básicamente a través de su producción político-militar (Olmedo, 1970).

En definitiva, lo que empieza a entrar en juego aquí son las prácticas políticas y las formas organizativas consideradas adecuadas para impulsar el proceso de liberación nacional y social proclamado. Trataremos estas cuestiones en los apartados siguientes. Antes de ello analizaremos las visiones de las FAR sobre distintos episodios previos de violencia popular.

Lecturas sobre la violencia popular previa

La perspectiva que hemos analizado fue impulsada al tiempo que configuró la lectura de las FAR respecto de la resistencia peronista y el Cordobazo. Episodio, este último, donde creyó ver confirmadas tanto la pertinencia como la viabilidad de sus planteos. Las FAR no fueron una excepción en este sentido. En realidad, como ha señalado Brennan (1996), lo mismo sucedió con las más variadas vertientes de la izquierda y el peronismo radicalizado. Todos leyeron el levantamiento a través de su propio marco de preceptos ideológicos y construyeron sus programas revolucionarios en torno a su ejemplo⁶.

Nos acercaremos al tema a través de un testimonio:

“P: ¿Cómo impactó el Cordobazo en las discusiones que tenían?”

R: Bueno, impactó confirmándonos todas nuestras ideas de que era el movimiento obrero la fuerza social principal para un proceso guerrillero. (...) En todos nuestros documentos hay dos ideas míticas casi. Una, los 18 años de resistencia desde la caída del peronismo. Y la otra es el Cordobazo como mandato popular hacia la guerrilla, hacia el ejercicio de la violencia, como legitimador de nuestra violencia”

Posteriormente el entrevistado amplía el tema:

“La idea, el eje principal, es que eso aparece para nosotros como un mandato popular. Que hay un movimiento insurreccional que le da otro contenido a la idea guerrillera de lo que hacíamos nosotros. La idea de guerra popular supone la integración de la estructura guerrillera que nosotros teníamos, una cosa clandestina, cerrada, con la posibilidad de que haya procesos insurreccionales, y esto asociado al tema de la identidad política [peronista].”
(Entrevista a Lewinger, op. cit.).⁷

⁶ Difícilmente pueda exagerarse el impacto político del Cordobazo en este sentido. En términos muy generales, según el autor, para la izquierda maoísta del PCR y VC fue la prueba del poder latente de las masas y la eficacia de la huelga general revolucionaria y la insurrección popular como camino al socialismo. Para otros marxistas-leninistas confirmó la necesidad de construir un partido revolucionario que diera a la clase obrera la disciplina requerida para impedir la disipación de sus esfuerzos. Para el PRT y las FAL, apuntó a la necesidad de diseñar un ejército revolucionario capaz de enfrentar en el futuro al poder represivo del Estado. Finalmente, para la izquierda peronista constituyó una reivindicación de la esencia revolucionaria de la clase obrera identificada con el movimiento (Brennan, 1996: 207-208).

⁷ Como veremos a continuación, esa valoración de las puebladas como “momentos insurreccionales” no debe confundirse con la idea de que las FAR sostuvieran una estrategia insurreccional puesto que, de hecho, bregaban por la construcción de un Ejército en el marco de la guerra popular y prolongada. En ese sentido, probablemente para no dar crédito a perspectivas de tipo insurreccional, más adelante las FAR precisaron que, en realidad, las movilizaciones masivas del tipo del Cordobazo no debían confundirse con insurrecciones en sentido estricto (FAR, 1972). Desde las mismas claves, las FAP ya habían afirmado: “Nuestra estrategia se opone a la insurrección popular como vía revolucionaria. Y es erróneo fundamentar esa teoría en hechos como las acciones masivas de 1969 en nuestro país, que tampoco fueron guiadas por esa concepción. Tampoco se inscribieron en una estrategia de lucha armada.” (FAP, 1970).

Podemos retomar y ampliar los elementos presentes en el testimonio. Como es usual, las FAR inscribieron su accionar como continuación de gestas previas, legitimando de ese modo los nuevos métodos de lucha puestos en práctica. Y lo hicieron valorando las previas formas de violencia popular pero, también, señalando sus limitaciones.

Por un lado, el Cordobazo fue un acontecimiento impactante y sumamente valorado por la organización, al igual que por todo tipo de grupos radicalizados. Había evidenciado la combatividad de la clase obrera, mostrando que la pasividad con que algunos definían su accionar durante los primeros años de la dictadura era sólo aparente (FAR, 1971a). Y, tanto aquel, como los levantamientos populares sucesivos, fueron caracterizados en sus documentos del año 1971 como movilizaciones de carácter “insurreccional”. A su vez, las FAR siempre destacaron que la lucha que debía librarse sería una guerra popular y masiva. Y que, como tal, tenía que integrar y articular distintos métodos de lucha y formas organizativas.

Ahora bien, según los testimonios, tanto la resistencia peronista como las diversas puebladas fueron pensadas como antecedentes o etapas de un ciclo ascendente que evidenciaba la necesidad de la violencia guerrillera. De allí la idea de responder con ella a un “mandato popular”, que efectivamente es una constante en sus documentos de aquellos años. De hecho, aparece ya en la proclama del copamiento Garín, donde destacaban que los levantamientos sucedidos desde el Cordobazo constituían un “mandato impostergable para los revolucionarios argentinos: el de prepararse y combatir con métodos nuevos que garanticen la supervivencia y el desarrollo de las organizaciones armadas del pueblo” (1970b). En este sentido, por todo lo que hemos dicho ya, está claro que si hay algo que las FAR nunca sostuvieron -y que rechazaron explícitamente- fue una estrategia insurreccional. Por eso, tan importante como la valoración de la violencia popular previa, era subrayar sus carencias. Según la organización, lo que entonces había emergido era una “violencia masiva, formidable, pero como toda violencia masiva sin vanguardia, discontinua” (1971b: 58). Desde esa perspectiva afirmaban:

“Las movilizaciones masivas de carácter insurreccional no son una alternativa a la construcción del Ejército del Pueblo: son la máxima demostración de su necesidad histórica, puesto que sólo él puede aprovechar realmente el impulso de las masas y evitar que el contraataque represivo recupere cuanto le había sido arrebatado. La conquista del poder será necesariamente un esfuerzo prolongado.” (FAR, 1971c: 3).

A la misma conclusión había llegado un grupo militante oriundo de Córdoba que se sumó a las FAR tras participar del levantamiento ocurrido en la provincia en marzo del '69. Dichas consideraciones pueden verse en la carta que Juan Julio Roqué, luego importante

dirigente de la organización, les envió a sus hijos unos años después⁸. Allí, les contaba que a fines de los sesenta participaba de los ‘Comandos de Resistencia Santiago Pampillón’, los cuales constituían “grupos de choque” contra la dictadura que impulsaban tareas de agitación masiva, luchas callejeras contra la policía y otras medidas de acción directa propias de “formas muy primitivas de violencia revolucionaria”. Por entonces, habían aprendido a “organizarse y a organizar a otros, a elegir objetivos vulnerables y golpear en el momento oportuno para desencadenar acciones masivas”. Sin embargo, según les relataba Roqué a sus hijos, aquel ciclo había culminado con la “insurrección de Mayo de 1969”. Desde entonces, habían comprendido que “la insurrección, el levantamiento espontáneo o pobremente preparado, de nada servía contra un enemigo poderoso, inescrupuloso y multifacético como el nuestro” (en Levenson y Jauretche, 1998: 179).

En definitiva, todas las organizaciones armadas que rechazaban una estrategia insurreccional y se proponían la construcción de un ‘Ejército popular’ (dentro y fuera del peronismo, con partido previo o sin él) realizaron una lectura bastante semejante.

Para evidenciar el carácter distintivo de esta visión es interesante compararla con otras posibles, como hace Celentano (2010). El autor contrasta las lecturas del Cordobazo y el Viborazo realizadas entre 1969 y 1971 por dos revistas de gran circulación en la época: *Los Libros* (de relativa cercanía a grupos maoístas) y *Cristianismo y Revolución* (proclive a las organizaciones armadas peronistas). Más allá de la diversidad de notas y matices del caso, el autor muestra que la primera tendió a ver en esa secuencia temporal la confirmación de la centralidad fabril, la potencia del clasismo sindical y las limitaciones del accionar de las organizaciones armadas. Mientras tanto, la segunda revista subrayó el carácter espontáneo e inorgánico del Cordobazo, asegurando de modo creciente el papel de las organizaciones político-militares como forma de superar aquellos rasgos de las movilizaciones populares.

En todo caso, para quienes apostaban por la consolidación de un ‘Ejército popular’ lo que comenzará a emerger como problema es el modo en que se integrarían los diversos métodos de lucha y formas organizativas en la guerra popular y prolongada que invocaban. Sin dudas, para algunas organizaciones esta cuestión fue más importante que para otras, al tiempo que fue considerada de modos distintos. De hecho, se trata de un problema signado por facetas diversas: desde las formas de concebir la conjugación entre luchas de masas y acciones armadas, organizaciones político-militares y agrupaciones de base, las funciones

⁸Se trata de “A mis hijos Iván y María Inés”, una carta escrita por Roqué en agosto de 1972. Allí, les explicaba los motivos de su militancia y del alejamiento de su familia en julio de 1971, cuando tras los asesinatos de varios militantes de las FAR, tuvo que pasar definitivamente a la clandestinidad y trasladarse a Tucumán (citada completa en Levenson y Jauretche, 1998: 172-183). La lectura de esa carta, que llegó a sus manos muchos años después, constituye el hilo narrativo de *Papá Iván* (2004), la película de María Inés Roqué, hija del militante.

atribuidas a cada una y a sus vinculaciones, hasta la existencia o no de canales organizativos específicos para ello y sus características. Abordaremos la postura de las FAR sobre estos temas a continuación.

II. La lógica de las prácticas político-militares de las FAR durante sus primeros años

El accionar armado como ‘ejemplo’

Durante 1970 y buena parte de 1971, tanto las FAP, como Montoneros y las FAR funcionaron como ‘focos’ relativamente aislados de la población. Por supuesto, eran el emergente de una trama de conflictividad social y política más amplia, y sus miembros habían iniciado su militancia años atrás en partidos y grupos políticos, estudiantiles o gremiales. Todas le otorgaban un sentido político intrínseco a su accionar armado y buena parte de la bibliografía destaca la simpatía que por entonces aquel generaba en importantes sectores sociales. Además, muchos de sus miembros conservaban relaciones con sus previas redes de militancia y con activistas de base, al tiempo que todas las organizaciones contaban con colaboradores y gente que buscaba sumarse a sus filas. A su vez, los lazos que lograron consolidar desde 1972 con grupos de activistas estudiantiles, barriales y obreros fueron notables, sobre todo en el caso de Montoneros.

Pero más allá de eso, lo que queremos indicar es que en el período señalado su accionar fundamental se desarrolló de modo paralelo a las diversas formas de lucha del movimiento social más amplio, aún cuando buscaran acompañarlo⁹.

Inclusive, tal fue el diagnóstico que aquellas trazaron sobre su propia práctica. Hacia fines de 1971 las FAR declaraban que “la superación de la etapa en que la guerrilla opera como foco relativamente aislado de las masas no se decreta de palabra”, subrayando las dificultades que tal proceso entrañaba (FAR, 1971c: 3). Montoneros afirmaba que a partir de ese año se abría un nuevo período: “el comienzo de la transición entre el ‘foco’ guerrillero como método y la ‘infección’ generalizada del mismo en el seno del pueblo” (Montoneros, 1971: 370). Por su parte, para las FAP se trataba de “pasar de la etapa del foco como generador de conciencia a la etapa de la guerra popular prolongada” (FAP, 1971: 227). También fue ese el año en que, a partir de un diagnóstico común aunque sustentado en visiones políticas distintas, comenzaron a esbozar ciertas concepciones y alternativas organizativas para superar aquel período. Bajo la idea de construir una herramienta política

⁹Coincidimos con la periodización de Salas (2009) sobre los vínculos de las organizaciones armadas peronistas con el movimiento social más amplio. Excluimos del análisis a Descamisados, que se caracterizó por un accionar político-militar mucho menor y por una postura “movimientista” que coincidía con su interés en el trabajo político de inserción territorial que al parecer nunca abandonaron (Salas y Castro, 2011; Ollier, 1986: 118).

autónoma para la clase obrera peronista las FAP lanzaron la ‘Alternativa Independiente’, una propuesta de fuerte impronta ‘basista’, y Montoneros incluyó las ‘Unidades Básicas Revolucionarias’ (UBR) en su estructura organizativa.

Pueden hallarse motivos diversos para explicar esa situación inicial y el intento posterior de revertirla. En el primer caso, tanto la necesidad de consolidar la infraestructura operativa de organizaciones recientes, algunas de las cuales habían sufrido además fuertes golpes represivos, como concepciones políticas más generales. Y, en el segundo, sin dudas estaba en juego la necesidad de responder al desafío político planteado por Lanusse, que con el lanzamiento del ‘Gran Acuerdo Nacional’ (GAN) en marzo de 1971 y la posibilidad de una apertura electoral, buscaba detener la confluencia entre movimiento social y política revolucionaria, canalizando institucionalmente la protesta popular para aislar a la guerrilla. Tampoco podría obviarse el prestigio que habían adquirido justamente en el período anterior, que redundó en la demanda de integración por parte de importantes contingentes militantes¹⁰.

Lo que sostendremos aquí, a partir del análisis tanto de sus documentos como de las prácticas políticas de aquella primera etapa, es que en el caso de las FAR ello no se debió solamente a la necesidad de consolidar su infraestructura. Por su puesto, esta cuestión no podía dejar de estar presente en una organización emergente. Sin embargo, la lógica de su accionar estaba basada en una concepción política más general sobre las potencialidades de la acción armada y el modo en que la organización debía vincularse con las masas.

En términos generales, esa concepción se sustentaba en la idea de que una organización revolucionaria debía elegir los medios “más eficaces” de lucha política y que aquellos consistían justamente en la acción armada (FAR, 1971b y c). En este sentido, si bien se hacía hincapié en que todas las formas de lucha eran importantes, la acción armada siempre fue considerada como la principal, por lo que, en definitiva, todas las demás debían encuadrarse en la perspectiva de la construcción de un ‘Ejército popular’. En esa línea debe comprenderse la corrección que las FAR hacían de la conocida consigna del dirigente sindical Raimundo Ongaro, líder de la combativa CGT de los Argentinos:

“El compañero Ongaro acierta cuando dice que sólo el pueblo salvará al pueblo. Pero esa frase adquiere una dimensión más clara si se dice que sólo la guerra del pueblo salvará al pueblo. Y en la guerra el pueblo armado es invencible.” (FAR, 1971b: 70).

Respecto de las masas, para las FAR, gracias al peronismo la clase obrera y el pueblo tenían una conciencia política que trascendía lo corporativo, aunque eso no implicaba que su

¹⁰En este sentido, no debería soslayarse el efecto de atracción hacia Montoneros generado por el asesinato de Pedro Eugenio Aramburu, o las simpatías suscitadas hacia otras organizaciones por acciones como los robos de bancos sin víctimas.

mayoría luchara por objetivos socialistas. Ello se lograría al calor del proceso de liberación, durante el cual, como mencionamos, la acción armada jugaba un rol central como “foco irradiador de conciencia acerca de la posibilidad del cambio revolucionario” (1971c: 3). Desde esa perspectiva, de modo pronunciado durante sus primeros años y con persistencias después, las FAR consideraban que lo central era transmitir al movimiento popular una *metodología* -la lucha armada-, lo cual se lograría básicamente a través del ‘ejemplo’ de las acciones político-militares realizadas.

Esta concepción puede observarse desde la constitución misma de la organización, que implicó que sus militantes se apartaran de las diversas formas de militancia pública antes sostenidas. En realidad, ello ya había ocurrido años atrás con sus grupos fundadores. Básicamente desde 1966, cuando fueron a entrenarse a Cuba y posteriormente se sumaron al ELN dirigido por Inti Peredo. Pero siguió rigiendo respecto de la incorporación de nuevos núcleos militantes durante el año 1970. Ello no implicaba necesariamente que abandonaran las relaciones tejidas en base a esas redes, que, de hecho, eran centrales para el reclutamiento individual de nuevos miembros. Pero sí se consideraba que la especialización en la vía político-militar requería que no se involucraran directamente en esos otros tipos de militancias. Había para ello motivos fundados en la seguridad de sus integrantes, aunque en su mayoría no llevaban aún una vida estrictamente clandestina. Sin embargo, subyacía en esa política la concepción más general que hemos señalado. Así relata un activista oriundo de Tucumán la incorporación de su grupo de militancia a las FAR en 1970:

“Nosotros tenemos la organización que tenemos, cuando nos incorporamos. Ellos [Carlos Olmedo y Roberto Quieto] nos dicen: ‘bueno muchachos, ahora están en un grupo armado en serio, dejen de hacer todas las actividades políticas que están haciendo’. Le digo: ‘pero pará, estamos manejando tres o cuatro facultades, tenemos esto y esto’. Carlitos Olmedo: ‘No, ustedes van a pasar a la forma superior de hacer política que es la lucha armada, tienen que cortar con todas las otras formas’. ‘Pero: ¿y los trabajos y la gente que tenemos?’. ‘No, no, ellos van a venir solos después, atraídos por el accionar armado’. Y nosotros aceptamos eso. O sea, no puedo acusar a nadie. (...) De hecho me prohíben incorporar a todo ese grupo, unos locos. Todo ese grupo que era nuestro, después cuando yo salgo de la cárcel y hacemos la fusión con Montoneros descubro que es la gente que tiene Montoneros.” (Entrevista de la autora a ‘Militante de FAR’ y luego de Montoneros, oriundo de Tucumán. Buenos Aires, 2012).

Ello no quiere decir que el tema de la vinculación con las masas no estuviera presente desde los inicios de la organización. La cuestión es cómo visualizaban por entonces que ello podía lograrse. En principio, como se observa en el testimonio, se trataba de algo previsto para un momento posterior, recién luego de una fuerte consolidación interna. Y que, además, se lograría no tanto en base a un trabajo político propio de inserción en ámbitos gremiales, barriales o estudiantiles, sino a través de la atracción que generaría su accionar político-

militar. No por casualidad, en reuniones mantenidas con las FAP en 1970, las FAR sostuvieron una posición taxativa ante la preocupación que aquella organización ya manifestaba por el “trabajo de superficie”. Les respondieron que lo que hacía falta era “una vanguardia que no se pregunte cómo sumergirse en el pueblo, sino cómo hacer ingresar al pueblo en la guerra de liberación” (S/d. autor, 1970). El desdén respecto del planteo de las FAP muestra, como el testimonio, que por el momento el primer objetivo no se consideraba necesario para avanzar sobre el segundo ni tampoco compatible con él.

Esta perspectiva puede verse también en diversos documentos de las FAR de sus primeros años. Aparece de modo diáfano en un trabajo elaborado antes del copamiento de Garín, cuando el grupo todavía permanecía innominado (Olmedo, 1970). Allí, la organización consideraba la necesidad de buscar respuestas políticas y organizativas para las repercusiones que, según preveía, generaría su presentación pública. Sin embargo, aclaraba que la única forma de atender con eficacia perdurable su relación con el movimiento popular era “perfeccionar, desarrollar y dotar cada vez de mayor poder combativo” a su “aparato político-militar clandestino”, el cual, según su visión, estaba haciendo “desde sus primeros pasos una política de masas”.

Podemos encontrarla también en el primer documento público de la organización, donde vuelve a plantearse el tema de las relaciones con el movimiento popular. Allí las FAR aclaraban: “nos planteamos en términos serios esta tarea, no tanto de la vinculación con las masas, que nosotros pensamos que, de alguna manera, se logra con las mismas acciones”. La cuestión era cómo aquellas se iban incorporando a la lucha revolucionaria -el problema de las “correas de transmisión”, apuntaban-. Nuevamente, y sin brindar precisiones, su respuesta se ceñía a la necesidad de “hacer un trabajo político-militar” (FAR, 1971a: 110-111). Aún a fines de 1971, la organización insistía en esa perspectiva, señalando que su “relación política e ideológica con la clase obrera y las masas populares” había comenzado “con el primer combate”. Por entonces, añadían que dicha relación reconocía “un salto de claridad, alcance y eficacia” a partir de su asunción de la identidad peronista (FAR, 1971c: 4), como si ese acto de identificación garantizara por sí mismo la articulación política con las masas.

El hecho de que las FAR no elaboraran ninguna publicación destinada específicamente a las agrupaciones de activistas que actuaban en el ámbito gremial, barrial o estudiantil apunta en la misma dirección. El siguiente testimonio narra una anécdota ubicada ya en 1971, cuando la organización comenzó a plantearse la necesidad de establecer contactos con diferentes grupos de activistas de base. En este caso, militantes sindicales de la FOTIA a quienes les llevaron el reportaje “Los de Garín”. La anécdota remite a las dificultades que suscitaba la

recepción de ese tipo de documentos, por su complejidad teórica y probablemente también por los cruces entre peronismo y marxismo que planteaban:

“Yo llevé esa revista Cristianismo y Revolución [con “Los de Garín”] a militantes peronistas sindicales -chicos de veintipico de años que dos años después me los voy a encontrar encuadrados en Montoneros- y me dicen: ‘¡Che, qué difícil que es leer estas cosas, hace doler la cabeza!’. ¡Lo cual es cierto!, son reportajes complejos. Olmedo habla un lenguaje abstruso, un lenguaje típico del Colegio Nacional Buenos Aires, de Filo de la UBA: ‘saldar’, ‘rigurosidad’... Entonces vos explicame cómo diablos yo le llevo eso a un chico de la FOTIA, que ha sido custodio de Isabelita, cuando Isabelita vino a la elección de Corvalán Nanclares y Serú García en Mendoza, y que el pibe está con nosotros porque nosotros somos peronistas de los fierros y nos conoce; y yo le llevo eso”. (Entrevista a ‘Militante de FAR’ y luego de Montoneros, op. cit.)

En consonancia con la perspectiva que hemos señalado, ni en sus documentos ni en las entrevistas realizadas hemos hallado indicios de que en 1970 las FAR realizaran otro tipo de prácticas políticas más allá de sus acciones armadas. Durante 1971, se observa sin dudas la misma tendencia, aunque a mediados de ese año pueden notarse ciertos cambios sobre las formas de concebir su relación con las masas en sus documentos. Y, también, algunas variaciones respecto de sus prácticas políticas, como puede verse en el último testimonio citado, que, aunque remita a un intento fallido, no deja de evidenciar el interés de la organización por establecer contactos con agrupaciones de activistas sindicales. Analizaremos estos cambios en el último apartado. Por lo pronto, a continuación precisamos los significados que las FAR le atribuían a sus acciones armadas y brindamos un panorama de aquellas realizadas en el período 1970-1971.

Un panorama sobre el accionar político-militar de las FAR durante 1970-1971

En noviembre de 1970 las FAR elaboraron un documento de circulación interna titulado “Objetivos y métodos de nuestra producción operacional” (1970a). Allí sistematizaron la línea de su accionar político-militar y el significado que le otorgaban, clasificando sus operativos de acuerdo a distintos criterios, básicamente la “envergadura” de las acciones realizadas.

Respecto de las acciones de gran envergadura, consideraban que dada la capacidad de planificación y ejecución que demostraban constituían la mejor propaganda del método de la lucha armada. Su ventaja era la repercusión política que generaban, constatada por la atención que les dedicaba la prensa. Aunque, por lo mismo, requerían una importante inversión de recursos y tiempo de preparación. Por entonces, la toma de Garín fue un ejemplo de este tipo de operativos. Por el otro lado, estaban las acciones de pequeña envergadura, que tenían menos importancia respecto de los rubros mencionados. Sin embargo, las FAR planteaban varios motivos por los cuales también debían realizarse. En principio, para garantizar la

continuidad operativa de una organización todavía incipiente y consolidar “el espíritu y la capacidad de combate” de sus miembros. A su vez, mostraban que las acciones simples también formaban parte de la “guerra pueblo”. De ese modo evidenciaban “no sólo la bondad del método sino su accesibilidad”, promoviendo la incorporación a la lucha de sectores que las organizaciones político-militares no estaban en condiciones de sumar orgánicamente a sus filas (1970a: 1).

A su vez, las FAR enfatizaban que toda acción armada, más allá de su finalidad específica, tenía una significación política al superar el control represivo en que se sustentaba la legalidad burguesa. Por eso sostenían que su carácter político no era un criterio adecuado para distinguirlas. En todo caso, podía diferenciarse entre las operaciones “expropiatorias”, destinadas a conseguir los elementos necesarios para forjar la infraestructura de la organización, y las “no expropiatorias”. Ambas debían considerarse acciones políticas y modos de “propaganda armada” ya que demostraban la vulnerabilidad del enemigo y la eficacia del método. Además, durante buena parte de ellas los guerrilleros distribuían comunicados divulgando los motivos de su lucha y pintaban las consignas de la organización. A su vez, sostenían que todas las acciones armadas dejaban “saldos logísticos”, aún las que no eran expropiatorias. Y ello porque, según afirmaban: “[a través de] la eficacia con que movilizan la conciencia y la combatividad de nuestro pueblo -medida en la incorporación a la lucha de nuevos compañeros-, se logran tarde o temprano todo tipo de recursos”. Finalmente, destacaban que en esta etapa debían privilegiarse las acciones expropiatorias, dado su valor para consolidar la infraestructura de la organización (1970a: 1).

Brindar un panorama cuantitativo sobre los operativos realizados por las FAR y el resto de los grupos armados durante los primeros años de los setenta resulta dificultoso. En principio, porque no todos eran relevados por los diarios, pero además porque aún cuando esto sucedía en gran cantidad de casos no se consignaban sus autores. A veces era la prensa quien no los señalaba, otras eran las organizaciones las que actuaban sin identificarse, lo que constituía una constante en el caso del robo de vehículos para realizar operativos. Probablemente los datos más cercanos al respecto son los que brinda Ollier, basados en un relevamiento anual, día por día, del diario *Clarín* (1986: 117-118). Según la autora, entre 1970 y 1971 la organización que más acciones realizó fue el ERP (223), seguida por las FAL (54). Respecto de los grupos peronistas, se ubica primero Montoneros (40), luego las FAR (25), después las FAP (21) y finalmente Descamisados (8)¹¹.

¹¹Los operativos realizados en 1971 de modo conjunto por las OAP (“Organizaciones Armadas Peronistas”, instancia de coordinación entre Montoneros, FAR, FAP y Descamisados) los registra aparte.

En el caso de las FAR, más allá de variaciones menores, los datos de la autora, aquellos brindados por Lanusse (2007) y los nuestros arrojan el mismo promedio: algo más de un operativo por mes desde julio de 1970, cuando la organización se presenta públicamente, hasta diciembre de 1971¹². Además, en consonancia con los criterios de la organización que hemos señalado, nuestro relevamiento indica que durante ese período las acciones expropiatorias fueron absolutamente mayoritarias¹³. A continuación mencionaremos algunas de las acciones realizadas, pero sólo a efectos de ejemplificar sus diversos tipos.

Los operativos expropiatorios estaban destinados a obtener diversos recursos indispensables para el funcionamiento de la organización. El dinero era uno de ellos, necesario para solventar el alquiler de casas, la vida cotidiana de los militantes clandestinos y diversos elementos logísticos. La forma de conseguirlo era el robo de bancos, empresas y diversa clase de instituciones. Entre este tipo de operativos se cuentan el asalto al Banco Galicia en Gerli, al Banco Comercial de La Plata y al Banco Provincia en Córdoba, todos realizados a fines de 1970. El último de ellos resultó particularmente desgraciado pues murieron dos policías y una militante de las FAR, Raquel Liliana Gelín, la primera integrante fallecida de la organización. A su vez, cuatro miembros de las FAR fueron detenidos y ferozmente torturados: Marcos Osatinsky, Alfredo Kohon, Carlos Astudillo y Alberto Camps¹⁴.

Otro recurso indispensable para las actividades de la organización eran las armas. Ellas se conseguían mediante acciones relativamente sencillas, como el desarme de policías, y a través del robo de armerías y la toma de comisarías, destacamentos o puestos policiales. En estos casos, generalmente también se sustraían equipos transmisores y uniformes policiales, los cuales les servían para caracterizarse durante los operativos. Se registran varias acciones

¹²Lanusse también realizó una estimación comparativa de este tipo, pero en su caso partiendo de la cronología de hechos armados que publicaba *Cristianismo y Revolución* -en adelante *CyR*-, que luego contrastó con los diarios entre octubre de 1970 y agosto de 1971. Respecto de Ollier, sus datos varían en relación con la ubicación de las FAP y las FAR, cuyo nivel de operatividad es semejante aunque ambas figuran en ese orden en su trabajo. La diferencia puede deberse a sus fuentes aunque también al período abordado (que no coincide exactamente con el de Ollier), ya que las FAP dejaron de operar frecuentemente a fines de 1971 debido a la crisis que atravesaban por entonces.

¹³En nuestro caso sistematizamos las acciones armadas realizadas por las FAR desde julio de 1970 hasta diciembre de 1971 cruzando sus comunicados y las cronologías de *CyR* y *Estrella Roja* del ERP, con diarios de la época. La información debe suponerse incompleta ya que no es seguro que aquellas revistas consignaran todas sus operaciones, aunque de todos modos arribamos a un número semejante al brindado por Ollier. Pese al carácter provisorio de la información, la tendencia a las acciones expropiatorias difícilmente se revierta puesto que es totalmente mayoritaria.

¹⁴ El asalto en Gerli, donde robaron 20 millones de pesos moneda nacional, se realizó el 18/11/70 (*La Prensa* -en adelante LP-, 19/12/70, p. 18). El de La Plata tuvo lugar el 15/12/70, donde obtuvieron 10 millones y resultó herido un custodio que falleció días después (*La Nación* -en adelante LN-, 16/12/70, p. 4 y 17/12/70, p. 16). Sobre el asalto al Banco de Córdoba, realizado el 29/12/70, puede verse LN, 30/12/70; 31/12/70; 3/1/71; 5/1/71 y 7/1/71 y LP, 30/12/70; 31/12/70; 2/1/71 y 3/1/71.

de este tipo durante 1971. Entre ellas el asalto del destacamento policial de Virreyes en Buenos Aires, de la subcomisaría de Villa Ponzatti en La Plata y de la comisaría de Las Banderitas en Tucumán, todas entre abril y mayo de ese año. Sin dudas, la que adquirió mayor repercusión fue el robo de un camión militar en la zona de Pilar que transportaba armamento desde Córdoba hacia la guarnición de Campo de Mayo. El operativo, realizado el 29 de abril de 1971, produjo un hondo impacto en el Ejército puesto que en el enfrentamiento la organización mató al Teniente 1º Mario César Azúa, el primer muerto del Arma, a cuyo entierro asistió el mismo Lanusse¹⁵.

Otros elementos requeridos por los guerrilleros eran documentos y registros de conducir para ocultar su identidad y garantizar su seguridad. Procurando conseguirlos las FAR coparon el Registro de las Personas y una oficina del Registro Nacional Automotor de Capital Federal, en marzo y junio de 1971. Generalmente, en estos casos se llevaban también sellos para falsificar documentación y máquinas de escribir¹⁶. Finalmente, otro tipo de operaciones estaban destinadas a obtener tanto material quirúrgico y demás elementos sanitarios para curar a los militantes que resultaran heridos, como pelucas para disfrazarse.

En este período, las FAR también llevaron a cabo algunas acciones cuya finalidad exclusiva era la propaganda. Generalmente las realizaban en ocasión de ciertas fechas conmemorativas, detonando explosivos contra símbolos asociados a las fuerzas represivas, la ‘oligarquía’ y el ‘imperialismo’. Con ese objetivo, las FAR incendiaron buena parte de los carros de asalto de la Guardia de Infantería de Córdoba, impugnada como la “manifestación local más desvergonzada de la violencia represiva del régimen”. El atentado se produjo en octubre de 1970, recordando las fechas del 17 y el 8 del mismo mes, fundiendo así la reivindicación del peronismo con la figura de Guevara. Otro operativo de ese estilo se realizó el 16 de septiembre de 1971 en La Plata, donde se quemaron vehículos policiales repudiando el aniversario de la ‘Revolución Libertadora’. Además, conmemorando la muerte de Eva Perón, en julio habían dinamitado el aristocrático Club de Golf de Rosario, exigiendo la subasta de sus bienes para comprar alimentos y repartirlos en villas miseria¹⁷.

Avanzado el año 1971 las FAR realizaron también acciones conjuntas con las ‘Organizaciones Armadas Peronistas’ (OAP), una instancia de coordinación donde

15 Sobre los copamientos de Virreyes y Villa Ponzatti, realizados el 4/4/71 y el 10/4/71, pueden verse los comunicados de las FAR en los Legajos N° 111, Carpeta Varios y N° 297, Carpeta Bélico de la Mesa DS, Archivo DIPPBA. Respecto del asalto en Las Banderitas, *LN*, 28/5/71, p. 10 y sobre la acción de Pilar, revista *Cristianismo y Revolución* N° 29 (en adelante *CyR*).

16 Sobre estas operaciones *CyR* N° 29, p. 23 y *LN*, 12/6/71, p. 4.

17 Sobre la acción de Córdoba, *LP*, 22/10/70, p. 14; La Plata, *LN*, 17/9/71 y Rosario *LN*, 27/7/71, p. 11 y 28/7/71, p. 14.

confluyeron con grupos como Montoneros y FAP. Varias fueron del mismo tipo que las ya mencionadas, excepto tres. La primera de ellas, realizada en junio de 1971, fue la liberación de cuatro presas políticas detenidas en la Cárcel de Mujeres ‘Asilo del Bueno Pastor’, operación en que resultó muerto Bruno Cambareri, un dirigente de las FAP¹⁸. Otra fue una ejecución. El 29 de julio de 1971 un comando de las OAP mató en plena calle al ex Jefe de Policía y Director del Servicio Penitenciario de la provincia, Julio Ricardo Sanmartino. En los comunicados sobre la acción, lo acusaban de ser el “máximo responsable de los asesinatos y torturas sufridas por el pueblo cordobés y sus combatientes”, recordando varios hechos represivos que había comandado como jefe policial. Entre ellos se contaban la muerte de Raquel Liliana Gelín, las torturas sufridas por los militantes de las FAR detenidos tras el asalto al Banco Provincia de Córdoba en diciembre de 1970 y la represión del Viborazo en marzo de 1971 (FAP, FAR y Montoneros, 1971a y b)¹⁹. Finalmente, la tercera de ellas fue el frustrado intento de secuestro de un directivo de Fiat, Luchino Revelli-Beaumont, y tuvo lugar en Córdoba los primeros días de noviembre de 1971. Por entonces, el ejército había ocupado militarmente las plantas de Materfer y Concord, quitado la personería gremial a los combativos SITRAC-SITRAM y detenido a varios de sus activistas. Por su parte, la Fiat había despedido más de 200 trabajadores intentando quebrar la organización sindical. El operativo de las OAP pretendía canjear la libertad de Revelli-Beaumont por la reversión de dichas medidas. La acción, luego conocida como el ‘combate de Fiat’, resultó fallida y murieron varios militantes, entre ellos Carlos Olmedo, el principal dirigente de las FAR.²⁰

Paralelamente a que se producían todos estos hechos, a mediados de 1971 las FAR decidían imprimir ciertos cambios en su accionar. Además de continuar con las acciones militares para consolidar su infraestructura, se propusieron impulsar otros dos procesos simultáneos: intensificar en todas sus regionales (sobre todo Buenos Aires, Córdoba y Tucumán) el acercamiento con el resto de las organizaciones armadas peronistas y desarrollar relaciones con agrupaciones de activistas (FAR [Regional Córdoba], s/f. [1971]). De allí en más, esos tres elementos fueron las claves de la estrategia mediante la cual las FAR buscaron consolidar las fuerzas propias. El acercamiento con las organizaciones armadas peronistas tuvo un primer avance en junio con la creación de las ya mencionadas OAP, una experiencia que terminó desarticulándose en menos de un año debido a desacuerdos políticos entre sus

¹⁸ Las reclusas liberadas fueron Amanda Peralta, Ana María Solari, Lidia Malamud y Ana María Papiol, militantes de FAP y FAL. *LN*, 27/6/71, p. 1, 10, 14 y 15; 28/6/71, p. 6.

¹⁹ Sobre esta acción *LN*, 30/7/71, p. 1 y 6, y 31/7/71, p. 18.

²⁰ También murieron Agustín Villagra y Miguel ángel Castilla de las FAR y Juan Carlos Baffi y Raúl Peressini de las FAP. Sobre esta acción y la represión policial desatada puede verse *LN*, 4/11/71, p. 1 y 6; 5/11/71, p. 12; 6/11/71, p. 4; 8/11/71, p. 12; 9/11/71, 10/11/71 y 17/11/71 en p. 6.

miembros (González Canosa, 2014). A continuación, nos centraremos en la otra línea de acción, central para el tema de este artículo: los planteos que la organización comenzó a esbozar en 1971 sobre la necesidad de articular vínculos con las ‘organizaciones de base’.

III. La emergencia de la relación con las masas como problema

Dentro de una concepción general cuyo eje central seguía siendo transmitir al pueblo una *metodología* a partir del operar político-militar, durante 1971 se registran nuevas inflexiones respecto del modo en que las FAR planteaban su relación con sectores movilizados más amplios. Esta cuestión ya se enunciaba como desafío a resolver en “Los de Garín” (abril de 1971), pero es en otro documento, las “13 preguntas a las FAR” (1971c), de finales del período que abordamos en este artículo (noviembre del ’71), donde aparece cierta problematización que intenta ir más allá del carácter ejemplar del accionar armado. Ya en febrero de 1972, la organización le dedicó al tema un documento específico que se tituló “Extensión de la guerra”²¹.

Tal como puede verse en el título de ese documento, el tema fue denominado por las FAR -y por otras organizaciones- como el problema de la “extensión de la guerra”, aludiendo con ello al modo en que las masas se incorporarían al proceso revolucionario que impulsaban. Para las FAR, ello implicaba trascender la incorporación individual de activistas y promover tanto la coordinación entre la lucha armada y las diversas formas de movilización popular, como la consolidación de vínculos entre agrupaciones de activistas de base y las organizaciones político-militares. Lo que debía lograrse es que todas esas formas organizativas y métodos de lucha confluyeran en una estrategia común cuyo objetivo era la conformación de un Ejército popular que librara una guerra popular y prolongada.

El proceso de “extensión de la guerra” implicaba profundizar dos tipos de tareas que para la organización requerían por ahora distintas estructuras organizativas. Por un lado, el fortalecimiento de las organizaciones armadas peronistas, que dependía tanto de la fusión entre todas ellas como de su vinculación con los sectores populares. Por el otro, la radicalización de las luchas de masas, extendiendo la influencia de la propuesta política y los métodos de lucha de la organización en el seno de las bases obreras y populares.

En términos de estructuras organizativas, la última tarea era la función primordial que las FAR le asignaban a lo que llamaban “organizaciones de base”. De ese modo denominaban

21 Este documento no ha podido ser hallado. Excepto que se indique otra fuente, las consideraciones que siguen se basan tanto en las “13 preguntas” como en extractos de “Extensión de la guerra” citados en un escrito posterior de las FAR, titulado “Documento de Actualización Política” y fechado en septiembre de 1972 (FAR, 1972).

a las agrupaciones de activistas que realizaban tareas agitativas vinculadas a las reivindicaciones de diversos ámbitos sociales. Se referían sobre todo a aquellas identificadas con el peronismo, que actuaban en la esfera gremial y estudiantil y que estaban de acuerdo con los objetivos de las organizaciones político-militares. Se trataba de un nivel de militancia no armado que concebían como el primer canal organizativo a través del cual las masas se incorporaban a la guerra popular.

Desde fines de 1971 en sus documentos públicos y ya en sus comunicados de 1972, las FAR convocaban permanentemente a las “organizaciones de base” a realizar un conjunto de tareas para contribuir al desarrollo de la guerra popular y prolongada. Ellas eran: impulsar movilizaciones masivas, incorporando formas crecientes de violencia; elevar el nivel de conciencia, combatividad y organización de las masas, propagandizando la estrategia de la lucha armada a través de la discusión y difusión de las posiciones de las organizaciones armadas peronistas; brindarles apoyo logístico a esas organizaciones, básicamente información de valor operativo y político; y convertirse en red de captación de militantes para la guerra popular.

La idea con que las FAR comenzaron a pensar sus vínculos con las agrupaciones de activistas fue la de “articulación”. Se trata de una noción bastante general pero que de hecho fue asociada con el modo en que la organización planteaba la cuestión incluso en documentos de Montoneros y FAP.

Según las FAR, la idea de articulación expresaba adecuadamente el tipo de relación que, por el momento, podía plantearse entre las organizaciones guerrilleras y las organizaciones de base. Ello implicaba dejar de lado tanto la unificación o fusión absoluta, como la división del trabajo entre unas y otras. Desde su visión, plantearse una fusión inmediata era pasar por alto la diversidad de formas organizativas resultante de las tareas encaradas, que todavía exigían niveles de seguridad, recursos y militantes con formaciones distintas, lo cual conllevaría que ninguna de ellas pudiera desempeñar cabalmente su papel. A su vez, consideraban que proponer una división del trabajo entre las organizaciones de base y las organizaciones armadas los llevaría a terminar disociando lo político de lo militar. Entendían que con ello se retrasaría el “alza de la militarización” y las transformaciones organizativas que debían producirse en las primeras para que en el futuro fueran menos vulnerables a la represión. Y, también, la capacidad de las segundas para jugar cabalmente su papel de organizaciones políticas (FAR, 1971c: 4). Idealmente, los riesgos que las FAR buscaban evitar eran dos. Por un lado, sustituir a las agrupaciones de base, reemplazando con su accionar militar los cambios en los métodos de lucha que ellas mismas debían protagonizar.

Y, por el otro, que la propia organización terminara constituyéndose sólo en “brazo armado” del movimiento popular (FAR [Regional Córdoba], s/f. [1971]).

Además de los contactos más o menos aislados que comenzaban a entablarse con activistas en distintas regionales, un indicio temprano de la política de “articulación” de las FAR podemos encontrarlo en la zona de La Plata. Allí, a mediados de 1971 se conformó el ‘Frente de Agrupaciones Eva Perón’ (FAEP), de actuación en diversas facultades de la ciudad. Esta agrupación estudiantil estrechó rápidamente vínculos con las FAR donde, de hecho, ya militaban o comenzarían a hacerlo en breve varios de los fundadores del FAEP²².

De todos modos, hay que subrayar que hacia fines de 1971 las FAR no habían avanzado mucho más respecto de sus relaciones con sectores sociales más amplios. Ni en términos prácticos ni en cuanto a sus conceptualizaciones teóricas. A su vez, es posible rastrear ciertas controversias sobre el tema surgidas por entonces al interior de la organización. Al menos así lo evidencia el intercambio mantenido por militantes de las regionales cordobesa y tucumana de las FAR a raíz del fallido desenlace del ‘combate de Fiat’, que, como se verá, ponía en juego cuestiones relativas a los modos de impulsar el llamado proceso de “extensión de la guerra”. En principio, la regional de Córdoba, donde se había llevado a cabo la acción y estaban asentados varios dirigentes importantes de las FAR, elaboró un informe donde realizaba una autocrítica sobre los errores militares del operativo. Entre ellos señalaba su escaso tiempo de preparación y la decisión de no suspenderlo pese a que Revelli-Beaumont había demorado más de lo habitual en pasar por el lugar convenido para el secuestro y que la permanencia de los militantes en el lugar podía despertar el alerta policial, ignorando de ese modo las normas de seguridad de la organización. Pero, al mismo tiempo, lo reivindicaba en virtud de sus objetivos políticos: fortalecer la unión de las OAP y su articulación con las organizaciones de base. Es decir, las dos cuestiones centrales en el proceso de “extensión de la guerra” que las FAR buscaban encarar desde mediados de año. De allí que, en un contexto en que el GAN intentaba encerrarlos en “un cerco político mortal” y por tratarse de una acción tripartita que además buscaba acompañar un conflicto obrero altamente politizado como el de SITRAC-SITRAM, la regional justificara la decisión de los combatientes de continuar con el operativo contrariando las normas de seguridad de la organización (FAR [Regional Córdoba], s/f. [1971]). El informe suscitó la intervención de un conjunto de presos de las FAR, varios de ellos de la regional tucumana, quienes elaboraron un documento crítico en respuesta. Más allá del cuestionamiento a las fallas militares del

22 El FAEP tuvo presencia en casi todas las facultades de la UNLP (Arquitectura, Humanidades, Derecho, Cs. Económicas, Periodismo, Medicina, Ingeniería, Cs. Naturales, entre otras) y surgió a partir de una ruptura de la “Federación Universitaria de la Revolución Nacional” (FURN) creada en 1966.

operativo, la discusión subyacente era otra. Lo que impugnaban los militantes presos era que se buscara la fusión de las OAP -cuyas discusiones políticas ya se encontraban estancadas- y la articulación con las organizaciones de base -que recién comenzaba- exclusivamente mediante acciones armadas de tipo “espectacular”, lo cual explicaría que éstas se realizaran a toda costa. El documento no cuestionaba la necesidad de fortalecer el aparato militar de las FAR, pero recordaba que la guerra no era una tarea exclusiva de las OAP y advertía que la organización corría el riesgo de convertirse simplemente en el “brazo armado” del movimiento popular. De lo que se trataba era de intensificar los esfuerzos tendientes a que las propias agrupaciones de base transformaran sus métodos y formas organizativas para participar en el proceso revolucionario, lo cual no podría lograrse si se las reemplazaba en sus luchas. Desde esa visión, se preguntaban si las FAR tenían realmente un “esquema de articulación” o si éste dependía de “éxitos militares circunstanciales” y sostenían que su estructura organizativa no era apta para impulsar las tareas de extensión de la guerra. A su vez, sugerían la necesidad de crear “grupos intermedios” entre las organizaciones armadas y las agrupaciones de base que fueran capaces de acompañar e impulsar las luchas de la clase obrera (FAR-“Comando de Prisioneros de Guerra Miguel Ángel Castilla”, 1971).

Habrá que esperar hasta 1972 para observar dos políticas nuevas sobre este problema de la relación entre la organización y sectores movilizables más amplios. Una fue, justamente, la iniciativa de gestar una estructura organizativa intermedia entre el nivel de militancia armado y el no armado. Se trató de los denominados “comandos de apoyo”, tal como Montoneros había hecho lo propio con las llamadas ‘Unidades Básicas Revolucionarias’ (UBR) en 1971. Sin embargo, no parecen haber tenido una realidad práctica muy extendida. A su vez, a diferencia de las UBR, que buscaban convertirse en “conducción táctica” de la movilización popular, la función que las FAR le atribuían a estos comandos era básicamente contribuir al fortalecimiento de la organización armada a partir del apoyo logístico y la realización de operativos de poca envergadura. Ya avanzado el año 1972, a medida que la apertura electoral se transformaba en una realidad cada vez más plausible, la otra línea de acción que las FAR sumaron en este sentido, en general de modo también rezagado respecto de Montoneros, fue la militancia de inserción territorial en Unidades Básicas del peronismo.

Consideraciones finales

A lo largo de este artículo hemos buscado reconstruir y analizar la lógica de las prácticas políticas de las FAR durante los años 1970 y 1971, prestando especial atención a la forma en que concibieron su relación con sectores más amplios del movimiento de protesta

social de la época. El trabajo evidencia que por entonces la organización funcionó como un ‘foco’ relativamente aislado de la población, en el sentido de que su accionar fundamental se desarrolló de modo paralelo a las diversas formas de lucha popular, aún cuando su objetivo fuera acompañarlas. Particularmente, hemos querido mostrar el enorme potencial que las FAR le atribuyeron al accionar armado como forma de generar conciencia entre las masas, relacionando esta impronta con la persistencia del legado guevarista, más allá de las reelaboraciones realizadas en torno a la cuestión de la guerrilla urbana y el alcance nacional de su lucha.

A su vez, el artículo analiza el modo en que, para la organización, la relación con sectores más amplios del movimiento social emerge como problema a fines del período abordado. Básicamente, a partir de la noción de “articulación” con diversos grupos de activistas y la idea de gestar “comandos de apoyo”; una perspectiva que, ya avanzado el año 1972 derivaría en la militancia de inserción territorial en Unidades Básicas del movimiento peronista. Al mismo tiempo, y aún subrayando la reorientación de la política de la organización respecto de este punto, los documentos analizados y la menor profundidad de los cambios organizativos experimentados en relación con las tareas de “extensión de la guerra”, sugieren que la visión de la acción armada como “foco irradiador de conciencia” adquirió mayor pregnancia en las FAR que en el resto de las organizaciones armadas peronistas.

Resta añadir que la emergencia de la relación con las masas como un problema que demandaba estrategias específicas de resolución no podría comprenderse cabalmente sin enmarcarla en la particular coyuntura en que tuvo lugar y en la estrategia más amplia que trazaron las FAR para responder a sus desafíos. Nos referimos a la encrucijada política que, si bien terminó de perfilarse en 1972, ya se esbozaba claramente avanzado el año 1971. Para las organizaciones armadas del peronismo, esa encrucijada se articuló a partir de dos factores centrales. Por un lado, el avance de las tratativas en torno a la apertura electoral, proceso a través del cual Lanusse entreveía la posibilidad de evitar la convergencia entre protesta social y política revolucionaria. Por el otro, los propios movimientos de Perón, quien en ese contexto impulsaba una ofensiva política tendiente tanto a la reorganización del propio movimiento como a la ampliación de sus alianzas políticas y sociales. Alianzas que excedían largamente a las juventudes peronistas y a la clase obrera, los actores que concitaban las expectativas de las organizaciones armadas. Ambos factores contribuyeron a delinear uno de los mayores desafíos que experimentaron las organizaciones armadas peronistas: cómo ampliar sus bases de sustentación para evitar el aislamiento respecto del peronismo y el movimiento social más amplio al que parecía conducir las la nueva coyuntura. Es en el marco de esta particular

coyuntura política que deben comprenderse las tres líneas de acción que, como mencionamos, las FAR se trazaron en 1971. Es decir: continuar con la realización de acciones armadas -tanto de pequeña como de gran envergadura-, avanzar en el intento de fusión con otras organizaciones peronistas, perspectiva que tras la frustración de las OAP derivaría en el acercamiento a Montoneros y, finalmente, consolidar vínculos orgánicos con sectores combativos del movimiento popular. De ese modo, las FAR buscaban consolidar las fuerzas propias, de modo de evitar el aislamiento, lograr posicionarse como un actor con el cual la estrategia de Perón tuviera que contar y avanzar en la tarea de hegemonizar el movimiento.

Bibliografía y fuentes documentales citadas

Brennan, James (1996), *El Cordobazo*, Buenos Aires, Sudamericana.

Celentano, Adrián (2010), “Del Cordobazo al Viborazo. Entre *Los Libros y Cristianismo y Revolución*”, *Vº Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, UNGS, Buenos Aires.

Cooke, John William (1988), “Universidad y país. Conferencia de John William Cooke”, en Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, Buenos Aires, Punto Sur.

Debray, Régis (1965), “El castrismo: la Gran Marcha de América Latina”, *Pasado y Presente*, 7-8, Buenos Aires.

_____ (1967), *Revolución en la Revolución*, La Habana, Casa de las Américas.

Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) (1970), “12 preguntas a las FAP”, *Cristianismo y Revolución*, 25, Buenos Aires.

_____ (1971) “Ampliación del Documento Político N° 1”, en Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo (comps.) (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Buenos Aires, De la Campana, Tomo I.

Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) (1970a), “Objetivos y métodos de nuestra producción operacional”, en Legajo N° 641, “Opereta Corina”, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ (1970b) “Comunicado N° 1”, *Cristianismo y Revolución*, 25, Buenos Aires.

_____ (1971a) “Con el fusil del Che”, en s/d. comp., Buenos Aires, M.A.

_____ (1971b) “Los de Garín”, *Cristianismo y Revolución*, 28, Buenos Aires.

_____ (1971c) “13 preguntas a las Fuerzas Armadas Revolucionarias”, *Nuevo Hombre*, 17, Buenos Aires.

_____ (1972) “Documento de actualización política”, en Legajo N° 641, op. cit.

_____ (1973) “Objetivos y métodos de nuestra producción operacional”, en Legajo N° 1154, “Detención de elementos pertenecientes a la organización FAR en Ranchos el 11/10/73”, Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

_____ [Regional Córdoba] (s/f. [1971]), “El combate de Fiat”, en Legajo N° 641, op. cit.

_____ “Comando de Prisioneros de Guerra Miguel Ángel Castilla” (1971), “Informe de la discusión sobre el balance de la operación Fiat”, en Legajo N° 641, op. cit.

_____ y Montoneros (1971a), “Nuestro primer ajusticiamiento revolucionario”, *Cristianismo y Revolución*, 30, Buenos Aires.

_____ y Montoneros (1971b), “Comunicado. Córdoba, 3 de agosto de 1971”, *Estrella Roja*, 7, Buenos Aires.

_____ y Montoneros (1972), “Opiniones sobre los problemas centrales de la guerra revolucionaria en esta etapa”, en FAR, *Boletín* N° 4.

González Canosa, Mora (2013a), *Las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Orígenes y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada (1960-1973)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Universidad de La Plata, La Plata.

_____ (2013b), “Un sendero guevarista: pervivencias y torsiones en los orígenes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias”, *Izquierdas*, 15, Santiago de Chile.

_____ (2014), “Las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP): un análisis comparativo de los (re) posicionamientos de las FAR”, en Tortti, Cristina, Chama, Mauricio y Celentano, Adrián (eds.), *La “nueva izquierda argentina”: socialismo, peronismo y revolución*, Rosario, Prohistoria.

_____ (2015), “Políticas de construcción del peronismo. El discurso de las FAR en los albores de la década del setenta en Argentina”, *Tempo e Argumento*, 14, Florianópolis.

Lanusse, Lucas (2007), “Caer y volver a levantarse. La situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972”, *Jornada Académica sobre Partidos Armados*, CEHP, UNSAM, Buenos Aires.

Levenson, Gregorio y Ernesto Jauretche (1998), *Héroes. Historias de la argentina revolucionaria*, Buenos Aires, Pensamiento Nacional.

Ollier, María Matilde (1986), *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, Buenos Aires, CEAL.

Olmedo, Carlos (1970), “Informe de la Reunión Nacional de Mandos”, en Legajo N° 320, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata.

Montoneros (1971), “Línea político-militar”, en Baschetti, Roberto (1997), *De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos 1970-1973*, Buenos Aires, De la Campana.

S/d. autor (1970), s/título [Informe de un militante sobre una reunión mantenida entre miembros de FAR, FAP y G.3], en Legajo N° 320, “G.E.L”, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, CPM.

Salas, Ernesto (2009), “Del foco a la infección. Montoneros y los movimientos sociales”, *III Jornada Académica Partidos Armados en la Argentina de los Setenta*, CEHP, UNSAM, Buenos Aires.

_____ y Castro, Flora (2011), *Norberto Habegger: cristiano, descamisado, montonero*, Buenos Aires, Colihue.

Tupamaros (1968), “30 preguntas a un Tupamaro”, en Löwy, Michael (comp.) (1982), *El marxismo en América Latina*, México, Era.